

El Verdadero Valor de las Cosas

UNA de las más gravemente defectuosas características del cubano es el despilfarro en todo: en la manera de gastar, en la manera total de vivir la vida. Esto proviene de su desorganización en las cosas materiales, de su indisciplina mental y de su falta de apreciación moral.

Hoy casi se escandaliza cuando la casa que antes alquilara por ciento cincuenta pesos, ha rebajado su precio hasta solamente cincuenta. No se detiene a pensar que esta última cantidad es el alquiler verdadero que debió abonar siempre; que lo normal y lo razonable es pagar lo que hoy paga, no lo que pagara ayer. Que los precios actuales demuestran que antes vivíamos ficticiamente, con una falsa estimación de las cosas, y que lo que ofrece el presente es la nivelación, el equilibrio material de una vida que no fuera más que derroche, vana ostentación, inmoralidad, deshonestidad y desenfreno.

Naturalmente que ha sobrevenido una depreciación del capital cuyas mermadas rentas no guardan proporción con una inversión hecha también al efímero alto precio del costo de las propiedades, o auge inicial de los negocios; pero la ruina consecuente de ello afirma aún más la condición inestable, insostenible, de la vida material de unos años atrás, su falta de solidez, de ponderación, de valor.

El cubano lo ha despilfarrado todo: hizo del patriotismo un producto degenerado, gastado orgiásticamente en el mercado nacional. Botó el patriotismo a manos llenas en cosas que nada tenía que ver con la Patria, como no fuera el hacer de ella un fastuoso Banco de Emisión, una compañía anónima cuyas acciones enriquecían a una casta corrompida y explotadora.

Despilfarró la cultura en sucios manejos de becas y de cátedras, a base de una estafa de valores genuinos y una imposición de mediocridades que trajeron un crack en la administración de la cultura nacional. Se abrieron las esclusas de nuestro pasado científico y artístico, cerrado en la historia como un ciclo de hierro, y se desbordaron los tesoros de nombres y obras sobre la aridez e infertilidad general del presente, en oratorias usurpadoras, en posiciones fraudulentas.

Despilfarró el amor, prostituyéndolo en burdelescas "casas para solteros", en mostradores que fungían de altares, en prole de procedencia, ejemplos y estímulos abyectos.

Por eso el rigor del esfuerzo que se necesita hoy para estudiar y para trabajar; el deber para con la mujer y para con el hijo habidos en el lujo y en el vicio; el duro ganarse la vida y ganarse la cultura, le sorprende y le duele como una realidad inconcebiblemente áspera y dura.

Despilfarró su conciencia, jugó, en un desenfreno de capacidad y energía, su propio futuro, contrayendo compromisos, obligaciones morales y materiales, que hoy, al adquirir su valor justo, positivo, le tienen embargada toda la vida: la espiritual y la diaria.

A ese despilfarro loco, inicuo, debemos los horrores y los errores del presente: se derrochó el honor, la hombría, los derechos, la autoridad. Todo ello se vendió o se canjeó en absurdas negociaciones que prometían aumentar ese mismo capital: capital que, estipulado en joyas, automóviles, "queridas", familias que de tales no tenían más que la afluencia de un número determinado (o indeterminado) de personas a la boca de un bolsillo repleto, viajes, mansiones palaciegas, se esfumó, cesó de constituir una base sólida de vida, en cuanto las fuentes ordinarias suministradoras de los recursos, se secaron, exhaustas. Al esconderse el dinero, esquivo, refractario apareció desnudo el endeble andamiaje.

La riqueza, individual, su acumulación calculadora y egoísta, hecha a base del hambre de los que en toda época la tuvieron, es el más grande signo de corrupción de hombres y sociedades.

El país en el cual la riqueza esté concentrada en el poder de unos cuantos magnates del oro, es de una vida miserable y falsa. La cultura y la política vienen a ser en él, solamente, como adherencias extrañas que sufre el capital viciado en sus orígenes y en sus fines, en vez de ser la sustancia, la esencia de toda la vida nacional.

Esos magnates son siempre los que constituyen de una manera directa o indirecta, procedente o afluyente, el Gobierno que rige al país. Fijar y diluir a la vez esa riqueza en el Estado, expandiendo sus poderes más allá del Gobierno es la verdadera función social y humana del capital.

Esta verdad se ciñe hoy como un cerco de hierro en las cabezas de los que creyeron que bastaba con ser ricos, desorbitadamente ricos ellos solos, ellos únicos, para establecer en todo un país una realidad económica propicia a sus desenfrenos.

El verdadero valor de las cosas, del dinero en sí, de la moral, de la cultura, de la política, de la vida humana misma, claro y dominante hoy en la conciencia, en los hechos, en las circunstancias, les sorprende y les aterra.

Les ha llegado la hora de responder, de reintegrar, en una palabra: de trabajar para sí y para los demás, o de morir.

Y quizás no les quede otro recurso, en la liquidación final, que morir: porque ya sea demasiado tarde para otra cosa, aún para recomenzar.